

MARI CARMEN FOMBUENA

Academia MINERVA

$y = kxrt$

FANDOM BOOKS

Academia
MINERVA

Esta obra ha sido galardonada con el I Premio Fandom Books de Novela Juvenil 2024. El jurado, presidido por Pablo Cruz, estuvo integrado por Marina Tena, Elena Martínez, Vanessa R. Migliore y Marta Álvarez.

1.ª edición: mayo de 2024

© Del texto: Mari Carmen Fombuena, 2024
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S.A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Diseño de imágenes interiores: Mari Carmen Fombuena
Diseño de cubierta: eVostudio.com
© Del espejo de contracubierta: 123RF (Ivandaariefb)

ISBN: 978-84-19831-08-8
Depósito legal: M-7102-2024
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MARI CARMEN FOMBUENA

Academia
MINERVA

I PREMIO
FANDOM BOOKS
DE NOVELA JUVENIL

FANDOM BOOKS

*A quienes os habéis enfrentado al miedo
para alcanzar un sueño.*

PRÓLOGO

—**A** sí que ha decidido renunciar a su puesto. Cinco de las componentes del Consejo estaban frente a ella. Las miró, confusa, sin saber bien cómo había llegado hasta esa sala.

—Sí, renuncio a mi puesto —afirmó, con el único pensamiento de querer salir de allí cuanto antes.

Se miraron entre ellas. Las luces del techo creaban sombras en sus rostros; algunos arrugados, otros más lisos. Todos parecían sonreír al oír sus palabras.

Carlota sabía que se estaba perdiendo algo. Que había recuerdos que se le escapaban cuando parecía a punto de alcanzarlos.

—Nos apena su decisión, académica Lantana, esperábamos contar con usted en el Consejo —dijo el mismo de antes, aunque su expresión no coincidía con sus palabras—. Será informada de las vacantes a las que puede optar, como las demás candidatas.

Se sentó en la silla de respaldo alto, entrelazó los dedos sobre la mesa y fijó la mirada en ella, esperando.

Carlota asintió sin pensar. Intentando aclarar los recuerdos borrosos.

—Que Minerva la guíe —se despidió el consejero.

La muchacha se giró y caminó hacia la puerta, despacio, dubitativa. Notaba que algo no encajaba. No estaba segura de que hubiera ido allí para eso.

Bajó las escaleras que no recordaba haber subido. Los peldaños crujían al apoyar los zapatos. Se cruzó con un fantasma que se llevó la mano al corazón a modo de saludo, con una sonrisa.

Dudó un segundo. Podría preguntarle si la había visto antes, si había escuchado a hurtadillas detrás de la puerta de la sala. Pero siguió adelante, caminó sin mirar nada más que el suelo unos pasos por delante de ella.

Debía ser el estrés de esas últimas semanas. Los exámenes, trabajos y el miedo a no sacar suficiente nota para optar a un buen puesto.

A partir de ese momento todo iba a ir mejor, tendría un trabajo con el que poder ayudar a su familia. No le hacía falta una silla en el Consejo para eso, ¿no? ¿Por qué iba a quererlo? Había hecho bien en renunciar, solo le traería dolores de cabeza que no necesitaba.

El sol le devolvió un poco del calor que había perdido en el interior del edificio.

La escultura tallada en piedra de la diosa Minerva la miraba desde lo alto del pedestal. Ahí estaba siempre, con la mano derecha sobre el corazón y la expresión tranquila de quien está segura de lo que hace.

Carlota sintió sus ojos clavados en ella, como si esperara una explicación.

«Es lo mejor —pensó hablando con Diosa—. No sabría cómo enfrentarme al Consejo. Yo no soy nadie».

Ella no pertenecía a las familias que tenían el poder. Cualquier idea que tuviera se la echarían abajo solo por venir de donde venía. Sería como ir a contracorriente todo el tiempo.

Le pareció ver pena en la expresión de la escultura. Aunque no creía que fuera por su decisión, sino por aquellas que se tomaban en el edificio del que acababa de salir. Minerva nunca lo habría aprobado.

«¿Dónde estás? —le preguntó en silencio—¿Por qué permites que echen por tierra tus enseñanzas?».

«¿Por qué he permitido yo que el miedo me superara?».

❧ CAPÍTULO 1 ❧



ÁLEX

Minerva, afligida por una soledad inmensa, decidió crear seres a su imagen y semejanza que poblaran la tierra que le había sido otorgada.

Se mantuvo alejada de sus creaciones, hasta que un día, la curiosidad pudo más que la precaución, y descendió para vivir entre ellas.

LIBRO PRIMERO DE LAS ANTIGUAS ESCRITURAS

Dorotea se inclina ante mí. A través de su cuerpo translúcido puedo ver la puerta de la academia, la misma que me recibe cada año: de madera oscura y astillada, con refuerzos de hierro negro decorados de óxido.

Me inclino hacia Dorotea con una sonrisa y ella me saluda con una expresión similar. Avanzo unos pasos hasta apoyarme en una de las columnas que decoran la entrada.

La fantasma sigue saludando a todas las personas que vamos hacia la puerta, igual que cada primer día de curso. A través de ella puedo ver como se acerca Marco Morera, el becado de segundo. Lleva los mismos pantalones negros que hace tres años, con los que ya enseña los tobillos, un jersey que le habrá tejido su abuela y que ya se le ha enganchado en al menos cuatro sitios

que yo pueda ver. El pelo castaño, que parece que se lo haya cortado su hermano de cinco años, le cae sobre los ojos demasiado pequeños para su cara y de un marrón tan común como aburrido. Se nota tanto que es un plebeyo y que no tiene dinero ni para plumas nuevas que no sé cómo se atreve a presentarse aquí cada año.

Ni siquiera mira a Dorotea al pasar frente a ella. Puede que a la fantasma le dé igual porque es un panecillo de leche y nunca se enfadaría con nadie por nada, pero a mí no.

Me concentro en esa rabia que me provoca él y su actitud. Susurro las palabras sin apartar la vista de su maleta. No estoy acostumbrada a hacer magia core, pero nunca está de más empezar a practicar para el curso que se me viene encima, sobre todo si es por un bien común.

La maleta que lleva Morera se abre. Lo que había dentro se esparce por el suelo. Las hebillas que sujetaban las correas ahora están aún más oxidadas. El becado mira alrededor con la cara del mismo rojo que los pétalos de la flor de Lureida. Empieza a recoger rápido la ropa, los libros y un objeto que no debería llevar encima.

—Hola, Morera —lo saludo. Él me ignora—. ¿Eso es un canalizador?

Entonces sí, me mira furioso desde abajo. No voy a negar que poder observarlo desde arriba por una vez en mi vida me da cierta satisfacción.

—Sé que has sido tú.

Me encojo de hombros.

—A la próxima sé más educado. —Le sonrío encantadora.

Empieza a susurrar algo, pero *Yina* salta hacia él y alza una zarpa amenazante. Morera cierra la boca con una mueca de rabia, termina de recoger y se va, lanzándome una mirada que me da tanto miedo como uno de los ratones del sótano a *Yina*.

La gata de pelo negro vuelve hacia mí. Se sienta tan erguida y altiva como siempre, mirándonos a todas por encima del hombro, aunque no nos llega ni a las rodillas.

Las estudiantes van entrando en grupo o solas, las más pequeñas miran atrás, hacia sus familiares, sin estar muy seguras de que entrar por la puerta sea la mejor opción (buena intuición). Veo muchas caras conocidas que no me dirigen la mirada o que la apartan enseguida.

Me siento en el suelo a esperar a Gala y Octavia. Es el único momento del año en que las espero yo a ellas, porque mi casa está aquí al lado y las suyas, en barrios un poco más alejados del centro. Esto solo se va a repetir una vez más. Nos quedan dos cursos de tortura para poder salir de aquí.

Solo dos años para demostrarle a mi familia que pueden estar orgullosas de mí. Que puedo hacer lo que quiera si me lo propongo, que si no lo he hecho antes ha sido porque no me ha dado la gana.

Me he arrepentido unas cien veces de no haberles confesado a mi madre y a mi padre lo que quería hacer. Estaba decidida. No iba a seguir estudiando dos años más para tener un buen trabajo, permanecer a su sombra, soportando sus caras de decepción porque no me interesaba por lo que ellas querían.

Iba a decirles que no pretendía seguir estudiando, que me buscaría un trabajo cualquiera de dependienta en una de las tiendas del centro de la ciudad, pero vi una oportunidad. Mi madre me dijo aquello que siempre había querido escuchar: «Estamos muy orgullosas de ti».

Lo dijo sin burla. Como si lo sintiera de verdad. Si es que tiene capacidad de sentir algo.

«Esperamos que dentro de dos años estés trabajando junto a nosotras y tus hermanas».

Busqué las palabras que había repasado una y otra vez: que no me apetecía tener un puesto en el Consejo Regional de No-habe, que nunca lo había querido, que no me interesaba lo más mínimo. Pero el semblante serio de mi madre y la sonrisa leve de mi padre hicieron que las letras se enredaran y que ninguna palabra saliera de mi boca.

Esa noche escondí entre matorrales esa parte de mí que no quiere hacerse ilusiones, la que piensa que nada de lo que haga será suficiente para que me miren igual que a mis hermanas mayores. Decidí que quería ser la mejor de mi promoción, tener ese puesto en el Consejo y sentir que mi familia está orgullosa de mí de verdad.

—Tía, no me he creído que ibas a venir hasta que te he visto aquí.

Gala termina de subir la pequeña rampa lateral y frena su silla de ruedas delante de mí, sacándome de mis pensamientos. Alza la mano derecha, cubierta por un guante de cuero negro que le deja libres los dedos, y la choca contra la mía. *Yina* apoya las patas delanteras sobre sus piernas y se deja acariciar por mi amiga.

—Cómo echaba de menos tu fe en mí. —Le hago una mueca.

—Yo echaba de menos esa sonrisa alegre y deslumbrante. —Me da un puñetazo en el brazo.

Suelto aire por la nariz para evitar mostrar que la he echado de menos de verdad.

Gala fue mi primera amiga. Cuando todo el respeto que me tenían mis compañeras se convirtió en burla por fallar un hechizo, Gala me defendió de ellas y se comió un castigo por arrollar a un-Morera, muy imbécil ya desde pequeño, con su silla de ruedas.

—¿Quién crees que morirá este curso? —dice mirando alrededor, como si estuviera analizando las posibilidades de cada una de cagarla y palmar.

—Ojalá la nueva becada del superior.

—Eso no va a pasar, ya se murieron las otras dos que entraron en nuestra promoción, se perdería el equilibrio si llegáramos al final sin ninguna.

—Si el universo estuviera equilibrado, se moriría la mitad de la escuela por inútiles.

Gala suelta una carcajada.

—Mis mejores amigas riéndose de la gente. Cómo os echaba de menos.

Octavia se acerca hacia nosotras con las cejas alzadas y los ojos entrecerrados. Camina con paso tranquilo y las manos en los bolsillos. Lleva una mochila gigante a la espalda, aunque nunca me ha parecido lo bastante grande como para albergar todo lo que usa durante el curso.

—Somos las únicas que tienes —dice Gala alzando una ceja.

Las siguientes palabras que pronuncia quedan enterradas en el hombro de Octavia, que la ha rodeado con los brazos.

No nos parecemos en nada. Ella es como un río en calma, siempre valorándolo todo antes de actuar y con una fe en el mundo que no sé de qué forma mantiene intacta. Supongo que Gala y yo necesitamos que nos equilibre.

—Sigues creyendo que no va a morir nadie, ¿verdad? —le pregunto cuando se separa de una Gala enfurruñada, que intenta peinarse la melena rubia con los dedos.

—Y lo seguiré pensando hasta el final de mis días —dice Octavia abrazándome. Las puntas blancas de su pelo corto me hacen cosquillas en la nariz—. Llegaré el curso que no muera nadie y me tendréis que invitar al restaurante ese que tiene no-sencias encerradas en expositores.

Gala hace un sonido de disgusto y yo río mientras rezo para que eso no pase, porque ni siquiera a mí me parece seguro ese sitio.

—Vamos a dejar las cosas en la habitación —dice Octavia, haciéndole cosquillas a *Yina*, que maúlla divertida—. Tengo tanta hambre que me comería hasta un plato de espinacas.

Cuando echo un último vistazo a la plaza, veo a una chica pelirroja que no conozco. Tiene esa expresión asombrada y perdida de las becadas cuando llegan aquí el primer día. Me encargaré de que no se olvide en ningún momento de que este no es su sitio y que lo mejor que puede hacer es irse por donde ha venido.

❧ CAPÍTULO 2 ❧



DIANA

Artículo 3.4.: Se establece la obligación de las academias de gestión privada de acoger a una alumna en régimen de beca en el primer curso de cada promoción y ciclo educativo: elemental, intermedio y superior.

Dicha beca se concederá a la solicitante que tuviera el mejor expediente de la región al finalizar el ciclo inmediatamente anterior.

EDICTO 2/1782 DE EDUCACIÓN. NACIÓN DE AJJONE

❧ Solo viendo la ropa de la gente a mi alrededor ya sé que esto va a ser peor que meter la mano en una caja de alfileres.

No me hace falta acercarme para saber que las telas de sus faldas no tienen nada que ver con la mía, que ha pasado de mi hermana Carlota a mí y que seguirá de mano en mano hasta la más pequeña de nosotras.

El edificio que hay ante mí es el más increíble que he visto nunca. Aunque eso no es ninguna sorpresa porque no he salido de mi pueblo hasta ahora. La puerta es tan alta y ancha que bien podría entrar por ahí mi casa. La piedra gris de la fachada me recuerda a todos esos monumentos antiguos que solo he visto en fotografías, como el del Senado. Y las torres acabadas en punta

que se agolpan en el lateral derecho, como si el arquitecto se hubiera olvidado de que tenía que poner cuatro cuando ya estaba medio edificio hecho.

La Academia Minerva, la primera que construyó Diosa, de ahí que lleve su nombre y que se encuentre en Nohabe, la capital, donde vive la Gobernadora.

Y ahora yo también estoy aquí, como mi hermana Carlota hace tres años. Iba a ser ella la que luchara en el Consejo, la que iba a intentar cambiar las cosas para que la vida fuera más fácil para todas, la que iba a recordar a la gente cuáles eran los principios de Diosa, aquellos que parecen haber olvidado.

Pero renunció. Se mató a estudiar para nada.

Me enfadé tanto con ella cuando la única razón que me dio fue que no quería ese trabajo que decidí que, si ella no quería cambiar las cosas, lo haría yo. No era lo que tenía pensado, ni siquiera me lo había planteado, pero ver esa posibilidad tan cerca, ver que podíamos avanzar un poco, que alguien iba a luchar por nosotras, y que todo se fuera al traste... No quería esperar a que otra persona estuviera dispuesta a sacrificar tanto como hizo Carlota.

Lo podía conseguir, ya sacaba buenas notas en todas las asignaturas de la escuela: en los seis años de educación elemental y en los cinco que ya había hecho de la intermedia. Me quedaba un curso para decidir entre buscar un trabajo o seguir con los dos años de estudios superiores, y no tener amigas me dejaba mucho tiempo libre para estudiar más aún. Solo necesitaba esforzarme un poco más para tener el mejor expediente de la región y, con ello, una beca para la Academia Minerva.

Ahora solo tengo que sobrevivir dos años aquí, seguir siendo la mejor estudiante y que, llegado el momento, las ganas de enfrentarme a todas estas nobles sea mayor al miedo a que me pisoteen.

Camino hacia la puerta notando cómo el brazo se resiente por el peso de la maleta.

—Bienvenida a la Academia Minerva —dice una fantasma que hay frente a la puerta.

Lleva un vestido antiguo, de hace unos cientos de años, de tela lisa y pesada color crema, y un peinado tan recargado que solo podía habérselo hecho otra persona.

—Hola —digo frunciendo el ceño desconfiada.

—Tú debes ser la nueva becada del superior. —Se lleva la mano al corazón—. Encantada de conocerte, mi nombre es Dorotea.

Algo en su sonrisa y sus gestos consigue que me relaje.

—Yo soy Diana. —Imito su saludo—. Que Minerva te guarde.

Dorotea amplía su sonrisa y me hace un gesto invitándome a entrar.

El interior es aún más impresionante. Un espacio inmenso rectangular, con una puerta enorme a la izquierda de donde sale el olor a comida recién hecha, a la derecha hay unas cuantas puertas más cerradas y un arco que parece comunicar con las torres. Frente a mí, en la pared del fondo, veo una escalera gigantesca que se divide hacia derecha e izquierda y lleva a los pisos superiores.

Cuando me acerco, alzo la vista y veo a las estudiantes de aquí para allá en los pasillos y las escaleras más estrechas de arriba.

Sé que esto es todo ostentación, demostrar que pueden tener esta belleza aquí y que solo ellas, y alguna pobre tonta como yo, pueden disfrutar de ella. Me voy a aprovechar todo lo que pueda y me da igual lo poderosas que sean mis compañeras, ellas no necesitan un futuro, ya lo tienen asegurado desde que nacieron.

Dejo la maleta en el suelo y saco el papel con toda la información que llevo en el bolsillo exterior.

Habitación 5-24

Vuelvo a cogerla, suena como si se fuera a romper de un momento a otro. Rezo para que aguante un poco más y avanzo hacia las escaleras. Al llegar al rellano donde se divide, decido subir por la izquierda.

Unas niñas pasan corriendo por mi lado. Esta es la academia raíz de la región, la única en la que se imparten todos los niveles educativos. En los pueblos hay escuelas como la mía, y las academias de las demás ciudades solo ofrecen estudios superiores.

¿Cómo debe ser crecer en una familia noble? ¿O en una de comerciantes, incluso? Teniendo todas las posibilidades a tu alcance. Sin tener que separarte de tu familia para tener un futuro mejor. Sin necesitar aprender a coser para arreglar la ropa de tu hermana mayor. Conociendo todos los entresijos de la magia desde que no levantas dos palmos del suelo, sabiendo que cuando termines las clases podrás ponerte a estudiar o descansar, que no tendrás otras mil cosas que hacer y no hará falta que te quedes frente a los libros hasta la madrugada, intentando no dormirte sobre ellos.

Sacudo la cabeza, ahora no es momento para esto, tampoco tienen ellas la culpa.

Miro los números de las habitaciones que hay frente a mí. Son todos pares, así que debo estar en el lado correcto. Ahora solo tengo que subir cuatro pisos más.

Aún le tendré que dar las gracias a Tina por querer que siempre la cargue en brazos a todos lados, seré una inútil para la magia mense, pero puedo soportar quince kilos durante horas. Aunque, junto al esfuerzo de subir escaleras, es probable que cuando llegue a mi habitación me deje caer en la cama como un saco.

Al llegar por fin y abrir la puerta, me da la sensación de haber entrado en la de mis hermanas. Sobre la cama de la derecha hay una maleta que parece haber explotado, esparciendo todo lo que tenía en su interior por la colcha e incluso el suelo. Sobre el escritorio de ese mismo lado hay un pequeño baúl que parece haberse salvado del desastre. Junto a él hay otro escritorio con su silla a juego y la que será mi cama. Me acerco a la ventana que hay sobre los escritorios. Se ve la plaza delantera de la academia, con la estatua de la diosa Minerva mirando hacia la puerta, como todos los edificios importantes de la ciudad.

No sé cómo serán las demás habitaciones, pero esta me gusta, entra mucha luz y no necesitare encender la lamparita hasta por la noche. Miro mi parte de la habitación intentando ignorar el desastre de la otra. Abro la maleta sobre la cama y empiezo a colocar la ropa en la cómoda que hay junto a la pared donde está la puerta. También hay dos, una a cada lado. Al menos no me toca compartir nada, podríamos trazar una línea que atravesara la habitación y vivir sin hablarnos. Eso estaría bien.

Me da mucha pereza tener una compañera desordenada. Estoy segura de que no sabe ni lo que es una escoba. Espero que me ignore, así podré hacer lo mismo con ella y centrarme en lo que importa.

❧ CAPÍTULO 3 ❧



ÁLEX

Cuando Minerva vio la dificultad de las personas para comunicarse a través de largas distancias, decidió dar forma a las urracas. Las dotó de una inteligencia y orientación mayor que a las demás especies, por ello, con el tiempo, estas aves empezaron a pedir recompensas por su trabajo.

LA CREACIÓN DE LOS ANIMALES

Mi momento favorito del primer día de academia: descubrir quién es mi compañera de habitación.

Después de quince años y haber convivido con quince personas distintas, ya solo pido a Diosa que no guarde ratas muertas debajo de la cama y que no tenga de mascota a un pájaro.

Nada más abrir la puerta veo una urraca en el escritorio de mi compañera. Hoy Diosa debe estar muy ocupada, porque, además, la chica que hay junto a esa pajarraca es la pelirroja de antes.

La becada gira la cabeza hacia mí, con la mano en la que sostiene una carta aún extendida delante de la animalucha con alas. Lleva una camisa y una falda que han visto tiempos mejores.

Nos quedamos en silencio, aguantándonos la mirada. Se debe pensar que puede venir aquí con su expediente perfecto y

pasar por encima de nosotras, que hemos crecido entre estos muros. No aguanto a las becas, con esos aires de superioridad, como si pasarse años estudiando sin descanso las hiciera mejores. Mientras nosotras tengamos el poder, ellas solo pueden soñar con él. Y me voy a asegurar de que siga siendo así. No voy a permitir que esta me supere en nada.

Vuelve el rostro hacia la pajarraca, engancha el sobre en el portacartas y le deja una pequeña piedra brillante en la mesa. La animalucha observa el objeto y, cuando está satisfecha, lo coge con el pico y sale volando por la ventana.

Entonces me doy cuenta de que estaba apretando el pomo de la puerta con todas mis fuerzas. Lo suelto con disimulo y avanzo hacia mi cama.

—Te agradecería que no entraras a tu urraca cuando esté yo aquí —digo mirándola fijamente.

Se levanta con calma, avanza unos pasos hacia mí y se cruza de brazos.

—¿Tienes miedo de que deje la habitación hecha una leonera? —pregunta inclinando la cabeza hacia la derecha y alzando las cejas—. Ah, no, para eso ya estás tú.

El pelo del color de las hojas en otoño le cae liso a los lados, sin dejar pasar la luz, oscureciendo su rostro y haciendo que sus ojos, de un aburrido marrón oscuro, parezcan dos abismos.

Es más alta que yo. Por eso intento erguirme sobre mis zapatos. Aun con los centímetros de más de las plataformas, la miro a los ojos desde un poco por debajo.

—¿Te crees mejor que yo? —le pregunto con burla.

—Soy mejor que tú —responde sonriendo de medio lado.

Me río exagerando las carcajadas y su expresión cambia, mostrando rabia y desprecio. Al menos sentimos lo mismo la una por la otra.

—No me llegas ni a la suela de los zapatos —mascullo dando un paso hacia ella—. Mantente lejos de mi camino.

Le aguanto la mirada unos segundos más para ver cómo sus labios se fruncen y toda ella se crispa. Satisfecha, y con una sonrisa de burla en la cara, camino hacia la cama. Cojo la ropa que hay encima y la tiro al suelo. Se va a cagar.

Me siento con la espalda apoyada en el cabecero de madera, que me hunde sus flores talladas en los huesos de la columna. Cojo uno de los libros que hay tirados por la colcha y lo abro para hacer como que leo y que la pelirroja deje de clavarme su mirada.

Nos pasamos la vida encerradas en esta cárcel con ínfulas de palacio para que cada curso vengan las becas y nos intenten quitar lo que nos pertenece. Nuestras familias pagan más dinero del que ellas podrán ver en toda su vida para que estudiemos aquí y, en cambio, ellas vienen gratis. No. Vienen con el dinero que nosotras pagamos, encima.

Hace dos cursos, una beca le quitó a mi hermana el puesto como primera de la promoción. Quiero mucho a Berta, puede que sea a la única de mi familia que aprecie. Pero nunca entenderé cómo se dejó ganar. Por qué se conformó.

Al menos la tengo cerca gracias a eso. Ser segunda no te da un puesto en el Consejo Regional, pero sí te permite elegir el trabajo que quieras de los que hay vacantes. Así que ella eligió el de directora de esta academia, ya que la que había en ese momento se retiraría al finalizar el curso.

Se ganó el desprecio de nuestra familia, porque para ellas no existe nada más allá de trabajar para el gobierno. Pero ahora es libre, ya no necesita preocuparse por llegar a esos objetivos que madre y padre esperan de ella. Puede que al final valiera la pena no ser la mejor.

La diferencia entre Berta y yo es que a ella nunca la habían mirado con decepción hasta ese momento. No ha crecido sintiendo

que nada de lo que hiciera era suficiente, que podría haber desaparecido y a nadie le habría importado.

Yo quiero sentir, aunque sea por una vez, que están orgullosas de mí, que de verdad piensan que soy digna de mi familia. Solo una vez. Y voy a aplastar a cualquiera que se ponga en mi camino.

❧ CAPÍTULO 4 ❧



ÁLEX

Las hijas de Minerva heredaron parte de sus poderes, pudiendo así modificar las esencias existentes sin consecuencias: desde hacer volar un guijarro hasta partir una montaña por la mitad. Ese poder, en malas manos, era peligroso. Aun así, Minerva confió en la bondad de sus hijas y las que vinieran tras ellas. Hasta el día de la Ruptura, en el que decidió poner precio a la magia.

LIBRO SEGUNDO DE LAS ANTIGUAS ESCRITURAS

❧ algo de la habitación cuando la becada aún está en el baño. Si me doy prisa puedo ver a mi hermana antes de que empiecen las clases y quedemos sepultadas ella entre papeles y yo bajo apuntes. Porque este año de verdad que pretendo estudiar.

Llamo a la puerta de doble hoja, tan alta como dos veces yo. Oigo un ruido desde dentro que más parece un golpe que una voz. Conociendo a Berta, es probable que se haya chocado con algo del susto y lo haya tirado. La quiero mucho, pero algún día provocará un incendio regando las flores.

Abro la puerta sin esperar invitación por si tengo que salvarla de ella misma. Y me la encuentro arrodillada en el suelo,

recogiendo unos cinco archivadores gigantes, algunos cuyas hojas se han soltado y ahora están desperdigadas a su alrededor.

—Me alegra ver que el verano no te ha cambiado —digo acercándome.

Berta levanta la cabeza y me mira con esos ojos idénticos a los míos, entre los mechones de pelo color carbón que le caen sobre la cara. Me hace una mueca y sigue con su tarea.

—¿No deberías estar en clase? —me pregunta, siempre preocupada.

—Aún falta un poco, pesada. —Empiezo a meter papeles en los archivadores sin mucho cuidado.

Berta mira mis manos y luego a mi cara con expresión de derrota.

—Eres un desastre.

—Si quieres no te ayudo. —Me encojo de hombros.

—No sé qué prefiero.

Suspiro y dejo el archivador encima de la mesa.

—¿Qué tal tu compañera de habitación? —me pregunta levantándose y sacudiéndose los pantalones oscuros—. ¿Quién te ha tocado?

Me siento en la silla frente a su escritorio, dejando caer todo mi peso y haciendo que las patas arañen el suelo.

—¿Por qué lo preguntas como si no lo supieras?

—Puede que no me acuerde —dice mientras se alisa el chaleco azul marino.

—¿No podías haberme puesto a otra persona? —Levanto los brazos de los reposabrazos y los vuelvo a dejar caer—. Incluso Roberta es mejor, ya me había acostumbrado al olor a rata muerta.

—Álex —dice con ese tono que tanto se parece al de madre—. Te va a ir bien con ella. ¿No querías esforzarte este año? Seguro que las dos os podéis ayudar.

Suelto una carcajada.

—¿Desde cuándo aquí la gente se ayuda? Son como adelfas, te crees que no va a pasar nada por tenerlas cerca, pero, sin darte cuenta, te dan un poco de su néctar y estás muerta.

—Eres una exagerada. —Hace un gesto con la mano—. Yo tuve de compañera a Carlota Lantana, su hermana. Y fue lo mejor de esos dos últimos años.

Por un momento deja la mirada perdida, acariciando el borde de la mesa sin darse cuenta.

—Te quitó el puesto —digo alzando las cejas.

—No me quitó nada, Álex —dice mirándome con firmeza—, lo hemos hablado muchas veces, se lo merecía.

—Pero si lo rechazó —digo frustrada—. Podría haberte dejado a ti.

—Sabes que no lo quería.

—Pero madre y padre no te habrían echado de casa.

Cierra los ojos y respira hondo.

—Madre y padre me echaron de casa por varios motivos, así que vamos a dejar esta conversación que siempre acaba en el mismo sitio.

Me cruzo de brazos, no muy dispuesta a ceder.

—Si aparezco muerta, ya sabes por dónde tienes que empezar a buscar.

—Cada año entran tres becas, una por ciclo, y nunca ninguna ha matado a nadie, ni siquiera sin querer. La última sospechosa sería una de ellas.

—Seguro que su hermana le ha enseñado.

Berta niega con la cabeza.

—Si Diana consigue hacer magia mense y crear una nosen-cia, dudo mucho que sea lo bastante peligrosa como para que tú no puedas derrotarla. Y si lo intenta con magia core, estoy segura de que sabrías defenderte antes de que terminara de pronunciar el hechizo.

—La verdad es que tienes razón. —Sonríó con suficiencia.

Todas las horas que no he estudiado estos años las he pasado entrenando. Y sí, lo hacía solo por molestar a mi familia. No hay nada que desespere más a mi madre que verme hacer todo aquello que no es propio de nuestro estatus. No puedo evitar sonreír al recordar su cara el día que me puse a limpiar el polvo de mi habitación.

Berta mira el reloj de la pared y abre los ojos.

—A clase. Ya —dice seria, casi enfadada, señalando la puerta.

—Voooooy.

Me levanto y camino arrastrando los pies.

—Pues sí que empiezas bien.

Antes de salir la miro, las ojeras ya asoman por debajo de sus ojos.

—No te lo cargues todo a la espalda, cuídate.

Sonríe un poco, como si quisiera decirme que lo va a intentar, pero no lo va a conseguir.

Abro la puerta de clase con mucho cuidado, esperando que la profesora esté de espaldas y pueda sentarme sin que se dé cuenta.

—Alejandra de la Encina.

Debo haber ofendido mucho a Diosa porque últimamente no me ayuda nada.

Cierro la puerta con cuidado y pongo mi expresión más inocente.

—Disculpe, profesora Huerta —digo mirando al suelo, con toda la humildad que soy capaz de rascar dentro de mí—, estaba saludando a mi hermana.

La profesora da un paso adelante en la tarima y me mira con desprecio. Lleva uno de sus vestidos largos de tela gruesa que no cambia desde que tengo uso de razón. Y estoy segura de que el

moño de pelo entrecano es una peluca que se pone cada mañana, no puede ser que lo lleve siempre perfecto.

—Su posición y su familia me importan bien poco, De La Encina. Siéntese antes de que cambie de idea y le ponga una amonestación.

Esta señora me odia desde siempre. Debería haberme fijado más en qué clase tenía a primera hora.

Miro alrededor buscando un sitio libre.

Diosa, ¿qué te he hecho?

Avanzo entre los pupitres, intentando no hacer ni un sonido mientras la profesora sigue con su explicación.

Me siento al lado de mi compañera de habitación. Ni se inmuta, ni me mira. Mejor. Nos podemos seguir ignorando mutuamente.

Diana Lantana. Curioso que su apellido sea una flor que en esta zona es de pétalos rojos y amarillos, muchas veces mezclándose y dando un tono naranja similar al de su pelo. También muy acertado que sus hojas sean tóxicas. Eso solo puede ser una señal de advertencia, aunque mi hermana sea tan cabezota como para no verlo.

Huerta nunca me ha soportado, pero yo a ella tampoco. Tiene una voz tan monótona que no dormirse en sus clases es un milagro. Ni siquiera se preocupa por contarnos la historia de una forma más, no sé, ¿distinta? Quiero que me cuente por qué Renata de Nohabe aún no ha elegido pareja. O cómo consigue ignorar al Senado, al que, cuando hay nueva gobernadora, lo único que parece preocuparle es que esta se enlace lo antes posible.

No necesito que me cuente otra vez el origen de la magia. Pero aquí estamos, en la clase más inútil de todas, a primera hora de la mañana y junto a mi querida compañera de habitación, sentada en la silla más tensa que la púa de un cactus.

Intento contener la sonrisa. No sabe cuánto se ha equivocado al venir aquí. La voy a humillar tanto que no querrá volver el curso que viene.

La sigo observando de reojo. Cuanto más sepa de ella, más fácil me será derrotarla. Está escribiendo casi todo lo que cuenta la profesora. Como si no lo supiera ya. Si hay algo que sí estudian los de las escuelas públicas es historia, junto a las demás asignaturas que no sirven para nada.

Rasco con la punta de la pluma la madera del escritorio. Alguien empezó a dibujar una flor y debió terminar la clase antes de que la acabara, así que la continúo. Me concentro en el ruido de las virutas de madera al saltar. Todo lo demás a mi alrededor se funde en un murmullo.

—¡De La Encina!

Doy un respingo y me siento con la espalda recta, mirando a la profesora.

—Como veo que lo que estoy contando se lo sabe tan bien que se aburre, ¿puede seguir usted con la explicación?

Dejo la pluma en la mesa y me levanto todo lo despacio que me es posible. ¿Por dónde podía ir? Intento echar un vistazo a los apuntes de la pelirroja: una letra perfecta si lo que quieres es enviar mensajes cifrados. Soy una desgraciada.

—Cuando Diosa nos castigó por el mal uso de la magia a la que ahora llamamos core, el número de muertes empezó a ser alarmante. El precio de los hechizos era demasiado grande y los curativos no servían casi para nada. —Por favor, que estuviera explicando el origen de la magia mense—. Por eso, apiadándose de nosotras, Diosa nos enseñó otro modo de canalizar la energía.

Miro a la profesora, esperando que siga ella o que me confirme que estaba explicando eso. Pero Huerta lo único que hace es mirarme impasible.

—A esa nueva forma de magia la llamaron mense. Aunque también tenía un precio: crear nosencias, seres que tienen el poder de deteriorar esencias similares a la que se ha aplicado el hechizo.

Huerta me mira por encima de las gafas minúsculas.

—¿Me puede poner un ejemplo de las consecuencias de la magia mense?

Me voy a revolcar yo misma entre ortigas solo para no tener que volver a dar este temario cada puñetero año desde que tengo uso de razón.

—Si aplicamos un hechizo para reparar un espejo con marco de plata, la nosencia generada podrá deteriorar cualquier objeto reflectante o de plata que toque.

Nos quedamos unos segundos de más mirándonos.

—Bien, recuerde que debemos tener siempre presente nuestro origen para no desviarnos del camino —sentencia antes de hacerme un gesto con la mano, indicándome que me vuelva a sentar.

Intento ocultar una mueca mientras me dejo caer en la silla. Huerta nunca ha escondido que nos tiene manía. Sus creencias se acercan demasiado a las más conservadoras. Aquellas que temen otro castigo de Diosa. Por eso no suele hacer hechizos mense, cree que es una magia que Minerva nos dio para casos de vida o muerte. Y, cuando la utiliza, se pasa días murmurando oraciones intentando implorar su perdón.

Las demás clases de la mañana van desde un repaso de lo que vamos a hacer durante el curso (gracias, profesor Espino, por dejarnos claro que su objetivo es que todas suspendamos Cálculo de Energías, y que no tiene ni una pizca de remordimientos) hasta una serie de juegos que se inventa la profesora Noguera para mejorar nuestra gestión de las emociones y así poder hacer hechizos core más potentes. Ya la podríamos haber empezado a dar antes.